

EJERCICIOS GEOPOLITICOS EN EL CONO SUR

Raul Ampuero

En vísperas de la Navidad de 1975, el gobierno militar chileno proclamó en un solemne documento su "Objetivo Nacional", con rigurosa sugestión a la metodología aconsejada en los manuales de geopolítica. Estas "metas fundamentales que guían la Política General de acción suprema" constituyen una muestra notable de literatura castrense, donde la exultante retórica corre a parejas con los caprichos de sintaxis, pero también señalan con alguna aproximación las aspiraciones que mueven a los generales de la Junta, al menos en el plano doctrinal. Se comienza, por ejemplo, con una entusiasta declaración de lealtad a la independencia y a la integridad territorial, que sabemos muy bien como han sido violentadas, para continuar con algunas bases programáticas, a las que queremos hacer una referencia particular.

Se lee allí que una de las finalidades perseguidas consiste en "perfeccionar una capacidad nacional para proyectarse cultural, política y económicamente hacia aquellos Estados amigos o áreas del planeta, que permitan satisfacer el Interés Nacional, la vocación pacifista y la colaboración internacional de la República", contando para ello con "el respaldo que brindan la cooperación internacional y la integración con los países de la América Latina y del área del Pacífico". Para alejar cualquiera duda sobre la prioridad que se asigna al factor de la vecindad geográfica, se vuelve sobre el tema al definir las "Políticas Específicas", en los siguientes términos: "Reafirmar en especial los vínculos de amistad y fraternidad que unen a Chile con los países limítrofes y buscar, dentro de la actual realidad geopolítica, económica y cultural, el acrecentamiento de nuestras relaciones con el resto de los países americanos". Y todavía: "Incrementar y solidificar la integración económica regional y subregional, de manera de que Chile participe con una dinámica que vaya a intensificar el intercambio con las naciones contratantes, estimulando nuestro desarrollo y nuestro poder de negociación externo".

Pese a que ciertas expresiones ambiguas procuran despojar de agresividad tales postulados, el documento es una transcripción fiel - aunque camuflada - del espíritu que alienta a los discípulos de Haushofer. Como lo ~~expone~~ expresa Joseph Comblin en un ensayo muy conocido, "el poder es la palabra mágica de toda geopolítica...la que debe entenderse como la ciencia de la lucha de los poderes en vista de la dominación de los espacios". Circunstancia que no tiene nada de extraño, si recordamos la dedicación que ha puesto Pinochet en la vulgarización de la geopolítica del III Reich.

Después de tres años de dictadura total y en la perspectiva de estos "objetivos", ¿cuales son los resultados prácticos? ¿Cual es el grado de autonomía de Chile como nación y cual su capacidad para "proyectar" más lejos y con mayor fuerza su propia voluntad política? No hay ninguna necesidad de análisis detenidos para arribar a conclusiones lamentables: desde todos los puntos de vista - producción, moral interna, respaldo diplomático, cohesión de las fuerzas armadas - el país está más débil que nunca, y más solo, en términos que un enfrentamiento bélico, en estos momentos, pondría en peligro su propia existencia como nación, o, al menos, la integridad de su territorio y la plenitud de su soberanía. El ancho espacio de simpatía y solidaridad que había alcanzado el Chile de Allende en los principales foros internaciona-

les está ahora reducido al precario apoyo de un puñado de gobiernos tiránicos, que comienzan a dar muestras de vacilaciones crecientes. Marginado del movimiento de los Países No Alineados, virtualmente expulsado del Grupo Andino, reiteradamente repudiado en las más altas reuniones internacionales, el régimen militar acaba de ser condenado - una vez más - por 95 votos contra 12 y 25 abstenciones, en la Asamblea General de las Naciones Unidas del año que termina. Desde fines de la Segunda Guerra Mundial no se había dado nunca un caso de repudio más absoluto y universal a un régimen político.

A ésta situación, en sí misma grave, los usurpadores del gobierno chileno agregan nuevos factores de incertidumbre con su descabellado manejo de las relaciones con los vecinos, inaugurado con el ofrecimiento unilateral de una salida al mar para Bolivia. Pinochet - profesor de geopolítica e historiador de la Campaña de Tarapacá, conviene no olvidarlo - ha llevado las cosas a un punto crítico, aunque perfectamente previsible, como lo escribimos un año atrás. Cuando en el Tratado del 29 el Perú se reservó un derecho de veto sobre la eventual transferencia de sus antiguos territorios a un tercer país, tuvo en vista, precisamente, una ocasión como la que se le presenta ahora, es decir, una oportunidad de rediscutir el estatuto de toda la zona con la participación de tres interlocutores. Coyuntura brillante y única para un gobierno militar que busca, a su vez, ampliar su base de consenso en el interior del país. Por otra parte, desde el punto de vista de quienes siguen alentando en Lima la revancha, la interposición de un corredor bajo soberanía boliviana entre los actuales territorios peruano y chileno significaría aceptar y reconocer como perpetuos los efectos de la guerra del 79.

Como era de presumir, la contraproposición peruana y su automático rechazo por la Junta de Santiago han hecho naufragar toda la negociación y crean una tensión explosiva en la frontera. La situación creada parece no tener alternativas viables: ni la Cancillería peruana puede echar marcha atrás, ni la chilena puede reconsiderar una propuesta que ni siquiera deja opción a trueques territoriales semejantes a los que se ofrecen a Bolivia; ni habría gobierno alguno en Chile, por último, que pudiera pagar el precio de una salida del Altiplano al mar, cortando en dos ~~secciones~~ secciones el norte chileno, sin arriesgar su derrocamiento.

Las posibilidades, entonces, de un conflicto militar en el Pacífico del Sur y de su eventual extensión a otros países del área no pueden descartarse. El potencial bélico de los hipotéticos adversarios crece día a día: Chile acaba de adquirir 18 aviones supersónicos F5 a los Estados Unidos, mientras el Perú ha ordenado 36 cazabombarderos soviéticos Sukhoi; la Marina chilena refuerza ~~con~~ aceleradamente sus efectivos navales, en tanto 200 tanques soviéticos T-54 se incorporan a las fuerzas blindadas del país del norte. Bolivia, por su parte, teme verse envuelta en un conflicto generalizado y realiza activas gestiones diplomáticas, principalmente ante Venezuela, Brasil y Argentina, para que se le respete como neutral en caso de estallar las hostilidades, según informes recientes de la prensa norteamericana ("New York Times", 7-XII-76).

Hasta ahora, una visión un tanto esquemática de lo que ocurre en América Latina parecía descartar esa posibilidad. Se pensaba que la propagación de las dictaduras militares a un área que abarca el 86% de la superficie y el 83% de la población sudamericana daba una firme homogeneidad política a toda la región, garantiza

una perfecta colaboración diplomática y un estable equilibrio de poder. Sobre la base del estrecho control ^{que} el Pentágono ejerce sobre las fuerzas armadas del sur del continente, se suponía asimismo inverosímil la hipótesis de un choque armado al margen de la voluntad norteamericana. Conviene, sin embargo, no dar un valor absoluto a tales factores: la descomposición interna, las rivalidades fronterizas y hasta las consideraciones de prestigio suelen adquirir en los regímenes militares un valor desproporcionado, considerablemente mayor ^{del} que le conceden las administraciones civiles.

~~Ómnomoambngwennop~~ Puede hallarse otra vía de regulación de las tensiones a través de cambios internos en los países directamente interesados, si el camino de la guerra encontrara resistencias insalvables. En tal caso, es posible que la primera víctima destinada al sacrificio sea Banzer, cuyo prestigio en los medios oligárquicos y cuyo liderato en el Ejército están estrechamente ligados a sus éxitos iniciales en la campaña para volver al mar. La segunda puede ser Pinochet. Aparte su responsabilidad decisiva y personal en las gestiones que han llevado a un callejón sin salida, ya el tema de las relaciones con el Perú y de la eventualidad de una guerra comienza a dividir las opiniones militares. Mientras Leigh parece haberse enrolado en el bando de los "halcones", Brady - Ministro de Defensa Nacional - comienza a diseñarse como el hombre de la distensión. En círculos chilenos oficialistas se le atribuye una importancia excepcional a la visita de éste último a Lima algunas semanas atrás, en estrecha sincronización con la presencia en el Perú de influyentes generales yanquis muy próximos a la dirección del Pentágono. Contribuiría también a la pacificación de la zona un nuevo deslizamiento conservador del gobierno militar peruano y una actitud menos agresiva del Brasil en el manejo de las "fronteras vivas", aconsejada también por el deterioro de su economía y el crecimiento paralelo de la oposición interior.

Otro síntoma del agravamiento de la situación se refleja en la desesperada búsqueda de contactos amistosos con Argentina. Para aligerar el impacto de la noticia sobre la opinión pública chilena (que ha colocado frente a la Junta a un sector importante de la burguesía manufacturera), se anunció que Chile buscaría su incorporación al Tratado de la Cuenca del Plata como alternativa al abandono del Grupo Andino. Dentro de ésta línea publicitaria, "El Mercurio" durante el mes de octubre destacaba que en 1975 el intercambio chileno-brasileño había superado los 200 millones de dólares, triplicando las cifras de 1970, en tanto las transacciones con Argentina estaban por alcanzar los 500 millones de dólares, ya en octubre del 76, es decir, un volumen semejante al del año 74, que había señalado un nivel sin precedentes.

En el fondo, puras especulaciones. Independientemente de una natural activación del comercio con los países más evolucionados del ~~ámbito~~ ámbito sudamericano, la integración en el sistema del Plata carece de sentido y de valor económico, por la razón muy simple que el Tratado de la Cuenca compromete a las Partes Contratantes a " mancomunar esfuerzos con el objeto de promover el desarrollo armónico y la integración física de la Cuenca del Plata y de sus áreas de influencia directa y ponderable" (según se lee en el art. 1º del Tratado) vale decir, comprende un espacio geográfico perfectamente delimitado y concreto, situado a cientos de kilómetros de los confines chilenos. Cuando el Tratado habla, en efecto, de estudios, programas y obras que propendan a la navegación, a la utilización racional de los recursos

hidricos, a la preservación ~~na~~ ecológica, al perfeccionamiento de las interconexiones viales, ferroviarias, fluviales y otras, a la promoción, en fin, de proyectos de interés común y en especial de aquellos que tengan relación con el inventario, evaluación y aprovechamiento de los recursos naturales del área, se está refiriendo a un territorio definido por la presencia de un sistema hidrográfico que ni la más delirante fantasía geopolítica podría conectar con la hoya del Mapocho.

Se podría añadir que las esperanzas puestas en los objetivos iniciales del Tratado del Plata no se han visto tampoco realizadas. Toda la polémica en torno a la construcción de la central hidroeléctrica de Itaipú tiene su origen en éste fracaso. Pero no terminan aquí las dificultades de la sustitución del Pacto Andino por una imaginaria incorporación a la Cuenca del Plata; aún debemos agregar los problemas políticos.

Argentina y Brasil, en efecto, constituyen dos polos de poder difícilmente conciliables, y es, justamente, en el ámbito de la cuenca donde se manifiestan sus avances y retrocesos, sus equilibrios y desequilibrios. Bolivia, Paraguay y Uruguay, en otras palabras, son los peones de la antigua rivalidad, las comarcas en disputa. El ingreso de Chile no haría más que complicar el tablero, tanto para los protagonistas principales como para su propio juego, oscilando entre sus simpatías diplomáticas y militares por el Brasil y las tentaciones de una complementación económica más estrecha y lógica con la Argentina. De ahí las reticencias que ha encontrado Pinochet como respuesta al cambio de frente. El "presidente" argentino, general Jorge Rafael Videla (llamado el "Hueso Videla", por una flacura que, como se verá, no es solamente física), entrevistado en su visita a Chile, declaró a la prensa con relación al tema: "La Cuenca del Plata es una agrupación regional de países en función de una realidad geográfica dada por aquellos países bañados por los afluentes tributarios del Rio de la Plata. Es decir, es una realidad geográfica, apuntalada por una realidad jurídica que le ha dado forma jurídica (?) a éste agrupamiento de Estados. A través de éstas formas jurídicas hay reglas del juego que rigen la relación de estos Estados en función de un objetivo común, lo nuclea tal cual es el desarrollo integrado de la región así llamada cuenca del Plata... La inclusión de un país más fuera de las reglas geográficas o jurídicas establecidas es una decisión que escapa a la voluntad de un solo país... (Argentina) vería con simpatía que otros países no miembros en condición de observadores pudieran acercarse, asomarse a las deliberaciones de nuestros Cancilleres representativos de los países integrantes de la Cuenca del Plata... En tal sentido, como observadores nosotros no tendríamos ningún inconveniente en aceptar otros países".

Mientras hablaba en tales términos, Videla se debe haber estado haciendo otras reflexiones. En los primeros meses de 1977 deberá darse a conocer el veredicto de la Reina Isabel de Inglaterra sobre las islas del Canal Beagle, largamente disputadas por Chile y Argentina. Sea que el dictamen ^{fuera} ~~sea~~ favorable a Chile - como sostienen ciertos rumores - o que imponga una solución transaccional, el asunto volverá a enturbiar las relaciones entre los dos países más meridionales de América, precisamente por la inevitable carga de chauvinismo que sirve de sostén ideológico a los gobiernos militares. La pérdida aún parcial del territorio actualmente bajo soberanía chilena sería recibida por la Marina de Guerra como una gravísima derrota geopolítica, casi como una humillación institucional, y en semejante forma sería acogido un veredicto adverso por las fuerzas armadas argentinas. En suma, anuncios de temporal desde los cuatro puntos cardinales, un aislamiento dramático y dos puntos de fricción - a 4.000 kilómetros de distancia uno del otro - que amenazan llegar al

rojo vivo; tal es el desolador balance de los ejercicios geopolíticos de la dictadura castrense.

En compensación, el jueves 2 de diciembre "El Mercurio" daba gran relieve a dos informaciones que recoge en su edición internacional. "Avances en la integración Chileno-Paraguaya", anunciaba la primera, mientras la otra se refería a la firma de un Convenio de Integración y Desarrollo de la Cooperación Científica y Técnica con la República Dominicana. Como se vé, el genio geopolítico de nuestros próceres es inagotable.

Diciembre de 1976.